



Andana
editorial



El Maquinista

L'illa infinita ha sido ganadora del II Premi de narrativa infantil-juvenil en valencià Ciutat de Dénia, a propuesta del jurado integrado por Francesc Gisbert Muñoz (especialista en literatura infantil), Jovi Lozano Seser (MACMA), Llúcia Signes Mata (Ayuntamiento de Dénia), Ricard Peris Ferris (Andana Editorial), M. del Mar Reus Bas (Ayuntamiento de Dénia) y Llúcia Casanova (Andana Editorial).



Ajuntament
de Dénia



United Nations
Educational, Scientific and
Cultural Organization



DÉNIA
CITY OF GASTRONOMY

Designated
UNESCO Creative City
in 2015



Premi
Ciutat
de
Dénia



biblioteca
pública
dénia

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte de España.



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA

© del texto: *Muriel Villanueva*
© de las ilustraciones: *Noemí Villamuza*
© de la traducción: *Llúcia Casanova*
Corrección: *Leticia Oyola*
© Andana Editorial
Av. Aureli Guaita Martorell, 18
46220 Picassent (Valencia)
andana@andana.net - www.andana.net
Tlf. 962 48 43 82

1.ª edición: *noviembre de 2021*

ISBN. 978-84-17497-71-2

Depósito legal: V-3111-2021

Impreso por *Impres Puchades*



Prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este libro en ninguna forma ni mediante ningún medio sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 02 19 70 / 932 72 04 47). Todos los derechos reservados.

La isla infinita

Muriel Villanueva

dibujos de **Noemí Villamuza**



*A Mar,
que es mar e isla,
que es luna y leona,
que es pequeña y muy grande.*

La isla más pequeña del mundo

Lluna se coge a la barandilla de proa. Fuerte, muy fuerte. Se coge a la barandilla porque ya no sabe a qué cogerse.

Hace viento, pero tiene calor. La brisa le mueve el corto pelo negro y las largas pestañas. Se ha atado la rebeca a la cintura y ahora va en tirantes, y se le eriza el vello de los brazos. Cierra los ojos contra el viento, saca el pecho del barco e inspira por la boca, intentando comerse un mundo que hace tiempo que se le escapa.

No quiere girarse a mirar a la abuela. La vería sola, sentada en medio de la cubierta, entre sillas vacías, con la cabeza caída; una señora abrazada a una bolsa, con una gabardina vieja y un sombrero de paja sobre una



larga melena gris; una señora que aún no ha cumplido los sesenta, pero que en los últimos días ha envejecido de golpe. La abuela ya no parece la abuela, la Bernarda de siempre, la buena vecina, la artista medio loca. Ya no parece aquella pintora llena de vida, capaz de subirse a una escalera infinita para dar una pincelada casi invisible a un cuadro gigante. No. La abuela parece una mujer apagada, cansada de todo, molida.

Ahora la abuela y ella son solo una familia desahuciada en búsqueda de un nuevo lugar en el mundo. Han perdido el piso de Ciudad Marina. Y atraviesan el estrecho trozo de mar para ir a vivir a la isla. Con ellas viajan cuatro maletas llenas de todo lo que han podido meter dentro, de todo lo que tienen.

Lluna ha visto la isla desde el paseo marítimo de su ciudad desde muy pequeña. Algunos domingos, ella y la abuela la contemplaban durante largo rato, allí, a solo cuatro kilómetros de la costa. La abuela callaba, y Lluna sabía que era mejor no preguntar nada.

El islote tiene forma de ocho: a un lado, el pueblo; al otro, campos verdes, y, en medio, una playa con dos orillas. Desde el paseo eso no se percibía, pero ella lo ha visto en fotos. Ahora, si abriese los ojos, podría comprobarlo, porque ya están llegando. Pero no; Lluna mantiene los





ojos cerrados porque prefiere disfrutar de unos últimos minutos de paz sin encarar el futuro, sin encarar aquel trozo de tierra seca dejado caer sobre el horizonte.

Puf. Es que solo tiene ganas de echarle las culpas a la abuela, de montar una pataleta, de rugir como si fuera una cría de león y no una buena nieta de nueve años. Pero, en lugar de eso, respira profundamente, inhala el perfume del mar y se deja acariciar por dentro. Ya lo sabe, que la abuela no tiene la culpa. La abuela siempre se ha esforzado para que a ella no le faltara de nada, y ha dado clases de pintura a todas horas para ponerle un plato en la mesa, para comprarle ropa...; y el banco ha tenido muy poca paciencia, porque la abuela ha pagado siempre la hipoteca, pero ahora ha pasado una mala época, pues no es fácil ser una familia de dos.

La mano caliente de Bernarda sobre el hombro espabila a Lluna. Ahora sí, abre los ojos y se gira a mirarla. Quiere hablar, sonreír, animar a la mujer, pero lo único que le sale son dos lágrimas incontrolables. Deja caer la cabeza sobre el pecho de la abuela.

–Estaremos bien, Lluna, estaremos bien. La isla nos acogerá.

–¿Cómo sabes eso, eh? –pregunta con voz de niña pequeña–. Tú te fuiste de jovencita y nunca has querido



volver. Seguro que la isla está enfadada contigo. Y seguro que es la isla más pequeña del mundo.

–Menudas cosas dices, bonita. ¿Cómo quieres que sea la isla más pequeña del mundo, eh? –Bernarda se ríe y se quita el sombrero de paja–. Qué sol tan espléndido, ¿no crees? Y qué tranquilo el mar, tan agitado que está siempre aquí, entre la costa y la isla, ¿verdad?

Lluna se extraña de ver a la abuela tan luminosa de repente. Se seca las lágrimas con las manos y dice:

–Pareces contenta ahora.

–No recordaba que estar cerca de la isla me hiciera sentir tan bien. –Con el brazo, Bernarda se acerca el cuerpecito de Lluna.

–No hay quien te entienda, abuela. Creía que odiabas tu pueblo.

–Nooo. Odiarlo, no.

–¿Y por qué te fuiste?

–Nos fuimos muchos en aquella época.

Lluna se lo sabe de memoria, que un siglo atrás la isla había acogido a setecientas personas y que, actualmente, solo quedan unas ochenta. También sabe de sobra que la mayoría de ellas se fueron hace unos cuarenta años, cuando la abuela era jovencita.

–Quiero saber por qué, abuela. ¿Por qué huisteis?

-Es que no quiero que sufras.

-Pero ¡si ya tengo nueve años! ¡Ya es hora de saber las cosas!

-Tienes razón. -Bernarda la mira arrugando los ojos y dice-: Pues por miedo.

De repente, el barco se mueve de lado a lado, como una cuna enfadada. Después, poco a poco, se recupera. Lluna no se ha asustado. Ella cree que la naturaleza es sabia y que solo hace daño cuando la atacas.

-¿Miedo de qué? -pregunta a la abuela.

-Pues... Es que no sé si contártelo. Te lo he querido ahorrar todos estos años.

-Va, venga, que si tengo que vivir aquí...

-Sí. Mejor que te lo diga yo a que te lo suelte cualquier niño en la escuela y te asuste.

-Vaaa. No te enrolles. ¿De qué teníais miedo, eh?

La abuela la coge por los hombros y la pone frente a sí. Después le acaricia una mejilla, blanca como la luna. Por unos momentos no hablan, se miran y ya está. Todo el mundo les dice que ellas dos se parecen solo en el carácter, porque la abuela es corpulenta y ella es menuda para la edad que tiene; porque la abuela tiene las facciones duras y ella finas; porque la abuela tiene los ojos redondos y oscuros y ella alargados y claritos,



aunque también sean marrones. Finalmente, Bernarda dice:

-Decían que había... un monstruo. Un monstruo marino.

Lluna ni se ríe ni tiembla. Muchos niños no se lo creerían, pero ella no duda de que la abuela siempre dice la verdad. Entonces pregunta:

-Y ahora... ¿vamos a vivir en la isla porque ya no hay ningún monstruo?

-Pues seguramente todavía se hable de él. Pero si nos trasladamos a la isla es porque la casa de mis padres es todo lo que me queda en el mundo, todo lo que te puedo ofrecer. Y no sé cómo la encontraremos después de cuatro décadas cerrada.

-Yo no tengo miedo, abuela. Arreglaremos la casa. Y, además, la gente llama monstruo a cualquier cosa. Seguro que solo es un pez más grande de la cuenta.

Bernarda la abraza fuerte y confiesa:

-En realidad hace tiempo que sospecho que fue una estrategia contra el turismo.

-Hala. ¿Entonces no hay monstruo? ¿O me lo dices para tranquilizarme?

-No. O sí. Ni idea. Pero antes teníamos la playa llena de yates de visitantes.

Ahora es Lluna quien se ríe.

-Estaremos bien, abuela, estaremos bien. La isla nos acogerá.

-¿Tú crees?

-Me lo acabas de decir, ¿no?

La abuela dice que sí con la cabeza y se va a su asiento de cubierta. Lluna vuelve a sacar el pecho por encima de la barandilla, ahora con los ojos abiertos. Son dos valientes en un ferri sin más viajeros.

El agua se inquieta de nuevo y hace bailar al barco.

Después, solo por un segundo, emerge del mar el lomo turquesa de un animal marino inmenso. Lluna juraría haberle adivinado unos simpáticos pinchos rojos en forma de cresta.



Una casa delante del mar

Llegan a la casa con la lengua fuera, cargando dos maletas cada una. Seis palmeras preceden la entrada. Bernarda dice que le extraña mucho que en el jardín no haya crecido ni una mala hierba en cuarenta años. A Lluna le parece curioso que la parcela no tenga valla; ni esta ni ninguna otra: las casas conviven sin barreras.

No se trata de una casa demasiado grande, pero sí distinguida. Tiene dos plantas, dos balconcitos y muchas ventanas, ahora todas cerradas. El blanco de la fachada ya no es blanco, y faltan algunas tejas, pero no se ven rastros de nada de eso por el suelo.

Mientras Bernarda busca las llaves, Lluna da una vuelta a la casa. Se cruza con una gaviota panzuda que

persigue a un gato gris que persigue a una lagartija minúscula. Los mira unos segundos y, al girarse, la visión del mar abierto la deslumbra.

Y allí, sobre las rocas, delante del agua, la casa tiene otra puerta y un gran porche con seis columnas. ¡Qué pasote! Si no fuera por el cambio de colegio, y porque no saben cómo conseguirán comer, se podría decir que todo pinta de película.

Lluna sube los tres escalones del porche. Hay tres sillas metálicas pintadas de blanco y con manchas de óxido. Una mesa que hace juego con las sillas se ha caído; ella la coloca bien y después se limpia en los pantalones el salitre que se le ha quedado en las manos. También hay un balancín inmóvil que debía de tener cojines y que ahora es solo un esqueleto.

Sin previo aviso, un fuerte ruido estremece a Lluna. Se gira rápidamente y mira hacia la puerta. Es una puerta doble, alta y ancha, pintada de azul. Está un poco abierta, la brisa la mueve; debe de haber dado un golpe. Lluna no se lo piensa: la empuja un poco más y mira dentro de la casa. Todo está a oscuras, pero no huele a viejo, a cerrado. Entonces abre del todo la puerta y deja entrar un rayo de sol. El suelo es un mosaico de colores muy bonito. Da un pasito y ya está dentro.



Los ojos se le acostumbran lentamente. Parece una gran sala comedor que va de lado a lado de la casa. Piensa que quizás sus bisabuelos fueran gente acomodada.

Hay sábanas tapando los muebles. Seguramente por eso no lo ve enseguida. Por eso, y porque se ha quedado inmóvil, sentado como una estatua. Y, además, va vestido de blanco y queda camuflado en la butaca, cubierta del mismo color.

Cuando lo ve, Lluna da un gritito. Él no se mueve, no sale corriendo, no dice nada. Ella se le acerca.

-Hola.

-Ho... ¿Hola? -La voz del niño es fina.

-Me llamo Lluna. ¿Y tú?

-Yo... creía que... no me verías.

-Hombre..., pues sí.

-Me llamo Enric.

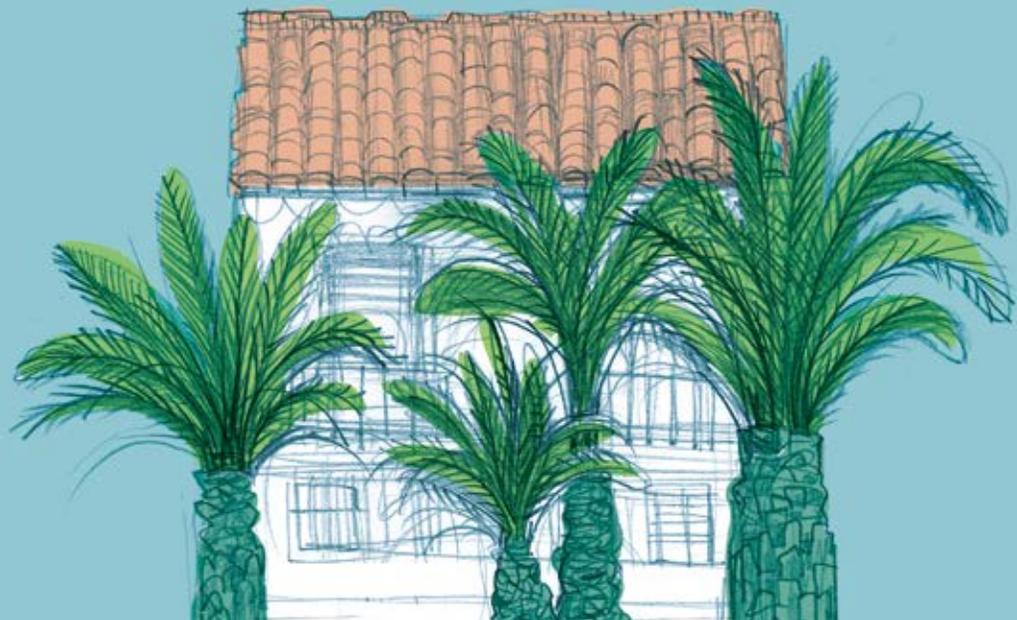
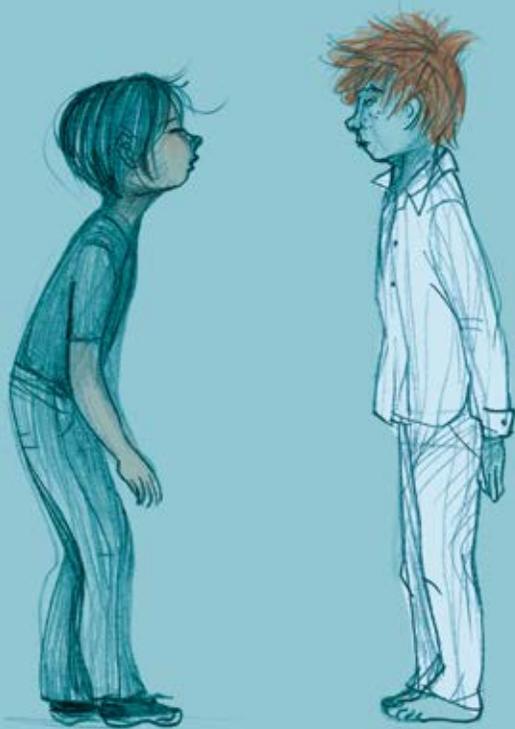
Lluna alarga la mano.

-Encantada.

-Sí. Y yo. -Enric tiene la mano helada.

-¿Estás viviendo aquí o...? ¿Qué haces aquí? Esta casa es de mi abuela. Acabamos de llegar y..

Enric se levanta. Es algo más alto que Lluna, pelirrojo, de pelo despeinado. Ella se da cuenta de que va descalzo. En la penumbra, piensa que la camisa blanca



y los pantalones blancos le quedan muy bien. Él dice, nervioso:

-No... Yo no he abierto la puerta. Siempre está... Tengo que irme.

-No te preocupes. No diré nada -lo tranquiliza ella.

-Me voy. Aaa... Adiós.

-Ey, ¿cuántos años tienes? ¿Iremos juntos a clase?

-Mmm... Eee... Nueve. -El niño se aleja de Lluna como si quisiera acabar la conversación.

-¡Iremos juntos a clase! -dice ella, entusiasta.

Pero Enric ya ha salido corriendo de la casa.

Justo en ese momento Lluna oye abrirse la otra puerta. Un arco separa el comedor del recibidor, y va hacia allí. Bernarda entra arrastrando una de las maletas y se queda de piedra al verla.

-¿Qué haces aquí?

-Estaba abierto. Por allí detrás -responde señalando hacia el comedor.

La abuela suspira y levanta las cejas. Después se quita la gabardina y el gorro y los deja en una percha de madera muy antigua y elegante. Se ve que la mujer no tiene ganas de preocuparse más de la cuenta. Lluna ya ha decidido no hablarle de Enric; no quiere que riñan al niño.

-Venga, ayúdame a abrir ventanas -dice Bernarda.

Abuela y nieta pasan unos minutos abriendo ventanas y contraventanas, dejando entrar el sol, la brisa y el aroma del mar. También quitan las sábanas que cubren los muebles, pero no se mueve ni una sola mota de polvo. La abuela intenta encender alguna lámpara, pero, obviamente, no hay corriente. Comenta que mañana habrá que resolver el tema con la compañía eléctrica, aunque no sabe cómo la pagará.

Al subir las escaleras, Lluna alucina: de mármol, con pasamanos de madera. En el piso de arriba hay un baño y tres habitaciones. La abuela se queda de pie al lado de una cama de matrimonio enorme, y la mira hipnotizada.

-Abuela, ¿lloras?

Bernarda se seca los ojos.

-Sí. Un poco. Era la cama de mis padres. Pero la sacaremos de aquí y pondré mi taller de pintura. Dormiré en mi habitación. Y tú en la que teníamos para los invitados.

-Pero ¡yo no soy una invitada!

-Claro que no. Ahora será *tu* habitación, y ya puedes estar contenta, ¡que da al mar!

Lluna corre a verla, abre la ventana, contempla el horizonte resplandeciente durante unos segundos, y se deja caer sobre la cama con los brazos abiertos. Sus-



pira. Sabe que no todo es tan fácil como parece en este momento.

–¿Qué tal si metemos las otras tres maletas? –le dice la abuela desde la puerta de la habitación–. A ver qué podemos comer.

Vuelven a la planta baja. La abuela se mete en la cocina, que queda a la derecha del recibidor, y Lluna sale a buscar la maleta de la comida. Piensa en qué harán cuando se acaben las legumbres, el arroz y las patatas.

Al entrar, encuentra a la abuela abriendo muebles de la cocina.

–Parece mentira –dice Bernarda–. Los platos, los cubiertos, los vasos... Todo está igual, como si se hubiese limpiado hace cuatro días.